

EL CAMINO PRIMERO DE LA IGLESIA PASA POR EL HOMBRE

Homilía en el Día de los Trabajadores

1° de Mayo de 1982

Muy queridos amigos:

Una vez más nos reunimos para recordar las efemérides del trabajo humano. Y, siguiendo el camino trazado por Su Santidad Juan Pablo II dedicaremos nuestras reflexiones al hombre trabajador, considerando algunas de las circunstancias que en la hora presente lo afectan en su calidad de tal. Si nos interesa en este día de los trabajadores planteamos los problemas de la llamada cuestión social, bajo las perspectivas del hombre, es en primer lugar porque el camino primero y fundamental de la Iglesia pasa por el hombre. Para el hombre la creó su Fundador; a él ha sido dirigida en toda su actividad de docencia de santificación y de gobierno. Conquistar el corazón del hombre por la Verdad; santificarlo por la Gracia; y guiarlo a vivir el amor, es la tarea sublime que Cristo impuso a sus apóstoles.

Otra razón de peso por lo que nos interesa poner de relieve especialmente al hombre en su actividad laboral, es porque el trabajo humano es la clave, tal vez la más esencial de toda la cuestión social si tratamos de visualizarla, como lo hace la Iglesia, principalmente desde el punto del bien del hombre. De aquí nace una conclusión importantísima: "Para realizar la justicia social en las diversas partes del mundo, en los distintos países y en las relaciones entre ellos, son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad de los hombres de trabajo entre sí y de solidaridad con los hombres de trabajo... La Iglesia está vivamente comprometida con esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la 'Iglesia de los pobres'. Y los 'pobres' se encuentran bajo diversas formas: aparecen en diversos lugares y en diversos momentos: aparecen en muchos casos como resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano: bien sea porque se limitan las posibilidades del trabajo –es decir por la plaga del desempleo-, bien porque se desprecian el trabajo y los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y su familia". (*Encíclica Laborem Exercens*, N° 8).

Es, pues, deber y derecho de la Iglesia interesarse por la situación social, política y económica de la sociedad, y señalar cuáles son las medidas o los caminos conformes con la dignidad humana y con la enseñanza de Cristo. Su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios y proclamar la verdad de la fraternidad humana de todos los hijos de Dios.

Se equivocan, pues, los cristianos que creyendo que el reino de Dios no es de este mundo, y pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pueden descuidar las tareas temporales: "pero no menos grave es el error –nos dice el

Concilio- de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación". (*Gaudium et Spes* N° 43).

Las aspiraciones de los hombres de hoy las hemos expresado los obispos de América Latina con las siguientes palabras:

"Una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, del Reino de Cristo, del Reino de Cristo nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada. Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades : un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y que disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia. Una convivencia social fraterna donde se fomente y tutelen los derechos humanos; donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia; donde nadie se sienta amenazado por la represión , el terrorismo, los secuestros y la tortura. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías. Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia capaz de participar libremente en las opciones políticas sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica moderna, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno". (Puebla, N° 132 al 136)

La Iglesia, a través de su acción y de su Doctrina Social, hace suya estas aspiraciones.

Creemos con esto dejar bien claramente establecida la razón por qué la Iglesia, con plena autoridad interviene en la cuestión social y fija las líneas directrices de una acción política que debe estar de acuerdo con el Evangelio, aplicado en la vida de los pueblos por la enseñanza social de la misma Iglesia.

Cuando se trata de católicos, y las decisiones corresponden a los que desempeñan cargos directivos en la sociedad, deben respetar los principios de derecho natural, "observar la Doctrina Social que la Iglesia enseña y obedecer a las directrices de las autoridades eclesiásticas. Porque nadie debe olvidar que la Iglesia tiene el derecho y al mismo tiempo el deber de tutelar los principios de la fe y de la moral, y también el de interponer su autoridad cerca de los suyos, aun en la esfera del orden temporal, cuando es necesario juzgar cómo deben aplicarse dichos principios a los casos concretos". (*Pacem in Terris*, N° 160).

Ante esta clara doctrina, proclamada por las máximas autoridades de la Iglesia, nos parece incompetente e insólita la actitud de ciertos católicos que

prescinden de ella y públicamente atacan o ridiculizan las enseñanzas de los pastores que, en nombre y con la autoridad de Jesucristo, la proponen y la predicán para que sea hecha realidad por todos aquellos que se dicen profesar la fe católica.

Los invitamos hoy, en este día del trabajador, a realizar un esfuerzo de reflexión: los problemas que afectan al pueblo y a los trabajadores en particular no provienen de un destino fatal ni de la voluntad de Dios. Tratándose del trabajo y de la convivencia social, es necesario buscar la raíz de los problemas y la forma cómo los hombres organizamos las relaciones de trabajo y el conjunto de vida de la nación. Todos, pues, los componentes de esta sociedad: todos los dirigentes de ella, estamos llamados a analizar desapasionadamente las fuentes de la crisis que nos aflige: y todos, generosamente, estamos llamados a trabajar inteligentemente por superarla.

La crisis actual afecta a casi todos los sectores: y, si bien es cierto que la recesión mundial es resultado de muchos hechos que suceden a nivel internacional, también es verdad que hay problemas en la propia casa que no han sido resueltos, o que han sido mal resueltos. Los principales afectados por ella son los industriales, agricultores, comerciantes, empleados y trabajadores. Sin embargo, nos parece que es el pueblo y la clase obrera y campesina los que llevan sobre sus hombros el mayor peso.

Ante esta situación reaccionamos como pastores con una profunda inquietud. No podemos dejar de percibir los signos del mal, de este pecado social del que hablan los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla.. En efecto: qué lejos estamos de la voluntad creadora de Dios. Hemos sido convocados a la vida para ser hijos del Padre, hermanos unos de los otros y señores de la tierra y de la historia.

Sin embargo, estamos negando en nuestra propia realidad cotidiana esta profunda vocación del hombre. Parece como si hubiéramos vuelto la espalda al Padre para convertirnos de hijos en esclavos del dinero, de las cosas, del poder.

Las soluciones que hasta ahora se han querido dar a la crisis nos parecen fracasadas. La imposición de un sistema económico social-neoliberal no sólo no ha corregido los males que nos afligían, sino que los ha acentuado, llevándolos a límites extremadamente peligrosos.

Los remedios económicos adolecen a nuestro juicio de un despiadado materialismo que no respeta al hombre ni sus derechos. El costo social de ellos es enorme, y para un cristiano, inaceptable.

Las estructuras de participación y de control de la sociedad sobre el Estado son prácticamente inexistentes y, por lo tanto, inoperantes.

Para los cristianos las crisis históricas no son algo desconocido; han aprendido a través de ellas a conocer el paso liberador de Dios, que discierne en su pueblo aquello que es substancia de aquello que es apariencia. Paso doloroso,

sin duda, donde caen muchos ídolos personales y sociales. Paso lleno de ambigüedades, donde el pueblo, desorientado y sin conductores, puede buscar otros dioses, y como mujer infiel, irse detrás de nuevos amantes. Pero también es un paso vivificador donde una y otra vez vuelven a renacer purificadas las dimensiones más genuinas del propio pueblo. Es en esas crisis, en efecto, donde el pueblo de Dios aprendió una verdad fundamental: “Aquel que nos ha prometido una tierra en posesión, ese no miente ni es infiel a pesar de las infelicidades del pueblo”. (Isaías 45;2,5).

Esa fidelidad de Dios a su Pueblo se hace carne en Jesucristo, su Hijo, su palabra histórica. Con Jesús es la humanidad entera la que es puesta en tela de juicio, en crisis permanente. Aquella que era promesa para un pequeño pueblo es hoy realidad ofrecida para toda la humanidad: la vida ha vencido definitivamente a la muerte y con ello toda forma de opresión ha sido radicalmente derrotada: “Muerte dónde esta tu victoria?” Es lo que hemos celebrado recientemente en la Semana Santa: el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte, de la gracia sobre el pecado, del amor sobre toda forma egoísta de apropiación. No se trata de una esperanza sino de una anuncio gozoso de lo ya realizado. El Reino de Dios está ya en nuestra historia. La tierra de la promesa está ya aquí al alcance de nuestras manos. Lo primero que hace Jesús después de anunciar el Reino es reunir un grupo de hombres, la mayoría gente humilde. No los llama a vivir para sí mismos sino para una misión: atraer a todos los hombres de buena voluntad –Luz del mundo- para ser factor de cambio de sociedad- “sal de la tierra” “levadura” - porque el Reino representa la intervención de Dios para cambiar la historia. (Cfr. Mt. 13.16).

Para pertenecer al grupo de Jesús la condición es tener un corazón pobre, es decir, renunciar a la riqueza, a los honores y al poder que se basan en ella. Cada vez que en el grupo asoman ambiciones de poder, Jesús las corta por lo sano: “hay que hacerse tan poca cosa como un niño”. (Mt. 18.1-11). Por eso lo más propio del grupo es compartir, es la fraternidad realizada a todo nivel . Es el mensaje que Jesús va a dejar en su despedida.

En su predicación y en su práctica mesiánica Jesús nos muestra diversos signos del Reino. Ellos se resumen en la palabra de Isaías, que Jesús retoma para identificarse a sí mismo y para resumir el sentido de este quehacer en la historia de su pueblo: el Espíritu del Señor ha enviado a Cristo a traer la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y devolver la luz a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor.

En estas cuatro categorías de personas ha condensado Cristo la esclavitud del hombre en todos los tiempos: la miseria que lo esclaviza y lo aniquila. Ahí están personificados los que padecen por un defecto de origen biológico: los ciegos, los que sufren por la maldad del hombre; los cautivos (los desterrados); los oprimidos; los que soportan el desorden social de las estructuras injustas; los pobres. Todos éstos forman la miseria del mundo, todos expectantes reciben el llamado maravilloso de la voz de Dios que anuncia gozosa la Buena Nueva de la liberación de todos los hijos que deben volver a la Casa del Padre, la casa de la justicia, del amor y de la libertad. Toca a nosotros imitar a Cristo y

ser los anunciadores de esta Buena Nueva que debe ser también realidad vivida.

Hemos querido decir una palabra serena y objetiva sobre la realidad actual de nuestra Patria, realidad que muchas personas y órganos de prensa, los cuales no pueden ser tachados de contrarios al gobierno, han reconocido. Hemos recordado la enseñanza social de la Iglesia en algunos de los problemas que hemos tratado. No hemos querido herir a nadie; el mensaje de la Iglesia no es un mensaje contra alguien, es un mensaje para todos. Quiera Dios que los hombres de buena voluntad de nuestro Chile lo comprendan y lo apliquen.

Termino con la palabra autorizada de todos los Obispos de América Latina reunidos en Puebla:

“La misión de la Iglesia, en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esta misión se requiere la acción de la Iglesia toda – pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos- cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y en la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las últimas consecuencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblo de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora”.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, 1º de Mayo de 1982